

LA EDUCACIÓN LITERARIA Y EL DISCURSO DE LA UTILIDAD EN EL SIGLO XIX VENEZOLANO

Ángel Gustavo Infante

Instituto de Investigaciones Literarias - UCV

Resumen:

Este artículo es un extracto del libro inédito *Formación de la crítica literaria venezolana (1810 - 1870)*. Se estudian aquí dos factores determinantes en el desarrollo literario de la nación: la instrucción en el terreno de las letras y cierto discurso articulado por un amplio sector social sobre la base exclusiva del progreso material. Aquél, orientado hacia el beneficio intelectual, observa un proceso lento y accidentado. Este, justificado en la reconstrucción postindependentista y animado por las ventajas de las ciencias útiles, representa una rémora al crecimiento artístico: lo debilita al asignarle a la obra un carácter suntuario. Ambos factores contribuyen a comprender lo exiguo y disperso del aporte crítico en un contexto cultural signado por la escasez.

Palabras claves:

Literatura Venezolana - Historia - Crítica Literaria - Contexto Cultural.

La educación literaria y la crítica

La corta edad de América Latina, vaciada en moldes ibéricos, le impide asistir al proceso de especialización que viene experimentando la crítica europea desde el siglo XVIII. Su historia deja aún muchas cosas fuera de lugar. Las urgencias de la poligrafía postergan las definiciones, incluida, por supuesto, la del crítico quien, a diferencia del poeta, precisa una formación académica específica.

La ingenuidad defendida desde el ángulo popular de la cultura es una virtud que la literatura muestra sólo en su vertiente oral, apoyada en el vigor

de la tradición; puesto que el dibujo de los primeros signos de la lengua materna indica la iniciación en un proceso de lecto-escritura marcado desde la decodificación y reproducción de estos significantes hasta la comprensión global de los significados. Esto se cumple en la dinámica de enseñanza y aprendizaje que tiene espacio propio en la vida escolar.

De allí que no exista un escritor "ingenuo", como se entiende en la literatura oral, en cuyo seno pueden existir cultores ágrafos. Ni el poeta que apunta sus anhelos en el papel, ni aquel que relata los hechos por escrito, pueden darse el lujo de prescindir por completo de la academia. Es posible rechazar la formación sistemática, pero no su producto. Y así como el hombre urbano que se aleja al campo lleva consigo la ciudad, al emprender su obra el escritor lleva consigo, al menos en la forma, la academia.

Discutible y obvia, la afirmación anterior le resta espacio al impresionismo romántico tan caro a algunos sectores de todas las épocas; pero no a la nuestra dedicada a la construcción de las nacionalidades, donde escribir es edificar a solitud del contexto y criticar es erigir o, más bien, seguir, modelos de conducta textual. En esta dinámica social el crítico tiene doble responsabilidad. Es un preceptor de preceptores: un maestro literario de maestros civiles. De allí que sea básica como obligatoria e ineludible su educación literaria.

Más allá del saber obtenido en el intercambio de lecturas en la animada tertulia, a la hora del recibo en los hogares ilustrados o en las tenidas del gimnasio, hay que ir a buscar el conocimiento literario en los programas de instrucción pública. La mirada retrospectiva conduce, necesariamente, a la Colonia. Hasta allá llegaron el licenciado Sanz, Baralt y Rojas, entre otros, en el siglo XIX. De allá regresan otros viajeros del siglo XX a repetirse como los Cronistas de Indias o a aportar relaciones inéditas de aquel período. Maravillados, unos, con la leyenda dorada; otros, subrayando la oscuridad del panorama. Atentos todos al proceso evolutivo de la enseñanza en los tres niveles entonces observados: la escuela, el colegio y la universidad.

Los primeros intentos por establecer la instrucción pública se localizan hacia la segunda mitad del siglo XVI, específicamente entre 1560 y 1592, desde las luces que el obispo Fray Pedro de Agreda introduce por la provincia de Coro, hasta "un preceptorado de gramática castellana" ofrecido por el maestro Juan de Arteaga (Grisanti, 1933). Cien años después se crea el Seminario Tridentino (1698) y luego la Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas en 1725.

El Seminario estrenó una cátedra de Primeras Letras de la cual no se tiene mayor noticia. La Universidad abrió, como apunta Ángel Grisanti, con las clases de "Teología de Prima, Teología de Vísperas, Cánones, Instituto de leyes, Teología Moral, Filosofía, Mediano y Mayores, Gramática de Menores", para luego reforzarlas con "Escritura, Filosofía Eclesiástica de Dominicos, Medicina y Mínimos de Gramática" (*op. cit.*, 58); conducidas todas por doctores en teología, como el rector Juan José Escalona y Calatayud, formado en la Universidad de Salamanca.

Al parecer, la enseñanza impartida en aquella institución no debió ser tan oscura, como han señalado algunos historiadores, puesto que el General Francisco de Miranda tiene un gesto de gratitud muy significativo:

A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos Griegos y Latinos de mi biblioteca en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de Literatura con que alimentó mi juventud, con cuyos sólidos fundamentos he podido felizmente superar los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos (en Grisanti, *ibid.*, 80).

Las dudas en torno a la calidad de la instrucción impartida pueden aclararse al recordar los nombres de los ilustres varones, autores intelectuales y materiales de la emancipación, egresados de las aulas universitarias; sin embargo, allí reside el punto más oscuro: el privilegio de casta impuesto como método de selección para el ingreso, procedimiento que a la larga se revierte contra el orden colonial. A estas alturas es inútil discutir si fue pobre o deficiente, es preferible reconocer que tal instrucción fue "restringida en grado sumo", como gusta decir Picón Febres, y no sólo en las alturas del tercer nivel, se observa también en las escuelas de primeras letras: es el reparo central que pone Simón Rodríguez al Ayuntamiento caraqueño a finales del siglo XVIII.

En 1808 aún predomina en el claustro el estudio de la teología y el derecho canónico. Luego, el espíritu independentista promueve el interés por el aprendizaje de los idiomas modernos. Al respecto se registran algunas iniciativas a extramuros, como las de un señor L. Blanc, quien ofrece lecciones de inglés y francés desde su casa, como lo anuncia en la *Gaceta de Caracas* del 13 de diciembre de 1811.

El esquema que tendía a la formación exclusiva de teólogos, juristas y médicos trató de reformarse también con el intento de creación de las cátedras de Física Experimental, Química, Matemática y Castellano; pero habrá que esperar hasta el año 27 para observar, en teoría, los cambios que promete el

diseño de una "Academia de Emulación", la cual, según las exhaustivas investigaciones de Ildelfonso Leal estaría dividida en cuatro secciones: "Literatura y Bellas Artes, Ciencias Naturales, Ciencias Políticas y Morales y Ciencias Eclesiásticas" (1963).

Pero la importante reforma decretada por Bolívar —y defendida por José María Vargas desde el rectorado— se extravió en el laberinto político marcado por la estrechez económica; en consecuencia, se aborta la creación de las asignaturas y ciento diez años después de creada la Universidad, en el umbral de la vida republicana, la oferta de cursos permanece inalterable.

Un pequeño anuncio firmado por el doctor García Siverio, a la sazón Secretario de nuestra máxima casa de estudios, publicado el 26 de abril de 1840 en la *Gaceta de Venezuela*, llama a concurso para cubrir ciertas plazas de interés:

Las cátedras de literatura y gramática castellana de nueva erección en los generales de estudios de esta Ilustre Universidad Central de Venezuela, servidas interinamente conforme al reglamento expedido por la Dirección general de instrucción pública el día diez y seis de Junio último, se mandan proveer en propiedad. A consecuencia, la Junta de inspección y gobierno en sesión de veinticinco de Febrero del presente año acordó la fijación de edictos convocatorios de oposición, como se verificó el veintiocho del mismo Febrero, para que los individuos que tengan la idoneidad y demás requisitos que exige la ley académica, eleven sus representaciones documentales a la referida Junta, con arreglo al artículo 172 de los estatutos que reglamentan la enunciada Universidad (*sic*).

El catedrático ganador en literatura debió ser Cristóbal Mendoza (1812-1873), quien en noviembre del 41 se presenta al acto de oposición con un "Discurso" basado en un "Juicio crítico comparativo de *La Eneida* de Virgilio y *La Farsalia* de Lucano", fundamentado en la preceptiva clásica y los métodos expuestos por Delille, La Harpe, Villemain, Hermosilla y Martínez de la Rosa, como se lee en *El Liceo Venezolano*, en su edición de marzo del siguiente año.

Los elementos de enlace entre el educando y la literatura hasta el momento andaban enredados en los saberes impartidos en las clases latinas de Mínimos, Medianos y Mayores, en las cuales se suministraba cierto instrumental para agudizar el criterio, como observa Caracciolo Parra:

Dentro de la Gramática, primera de las antiguas siete artes liberales, se estudiaba no sólo la "parte técnica o metódica, que trataba del idioma", sino también la exegética o histórica, relacionada con el comentario de

las obras literarias, fuerte principal del curso; ... Y no sería aventurado sostener que, no existiendo más que una cátedra global de Gramática, la enseñanza debió invadir los dominios de la Retórica, y hasta llegar a las primeras nociones de Dialéctica, según el programa que era universalmente admitido por entonces. (1954:93).

Producto de esta formación es el monumental "Tragalibros": Juan Vicente González (1810-1866), criado entre Horacio, Virgilio, Cicerón y —muy a su pesar— Nebrija, una vez fuera del recinto universitario, busca el sustento de sus letras en la pedagogía. En esta actividad, donde se puede incluir buena parte de su obra escrita, se desempeña como maestro de Gramática Castellana desde 1835 en la escuela creada por la Sociedad Económica Amigos del País, en el colegio "La Independencia" del destacado pedagogo Feliciano Montenegro Colón y en la universidad, a partir de 1841 gracias a la convocatoria de marras, de donde lo obligan a ausentarse en el 48 las circunstancias desfavorables del régimen que estrena José Tadeo Monagas.

El primer día de marzo del siguiente año funda "El Salvador del Mundo", entre las esquinas de Veroes y Jesuitas, un colegio donde "particular atención se prestará a los estudios literarios" y "la gramática, la historia y el latín, cobrarán vuelo inusitado" en el entendimiento —corto en edad, largo en proyección futura— de discípulos como los hermanos Calcaño y los muy jóvenes Rafael Villavicencio y Eduardo Blanco. (Correa, 1928 en Varios, 1997: 65).

La bibliografía utilizada en unos y otros establecimientos, de acuerdo con los progresos experimentados en los distintos niveles, estuvo conformada por el *Silabario de la lengua castellana* (1820) de José Luis Ramos, la *Gramática* de Vicente Salvá en relevo de los viejos conceptos de Luis de Mata y Araujo (Rojas, 1907) y los *Principios de Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, de cuya primera edición informa *La Oliva*, en febrero del 36, antes de que *El Liberal* del 21 de noviembre de 1843 publique la buena nueva sobre una edición local:

En esta imprenta se está haciendo una edición de esta importante obra de nuestro compatriota el Sr. Andrés Bello, tan ventajosamente conocido en el mundo literario, y quien la publicó en Chile en 1835 a espensas de aquel gobierno. La Dirección de Instrucción Pública de Venezuela la ha adoptado como texto para la enseñanza de estas materias en todos los Colegios y Universidades de la República, después de haberla examinado (*sic*).

La unión de todos estos elementos conforma un mosaico donde puede observarse el relativo avance de la instrucción formal en el área. Apartando el

poder de las consabidas dificultades, una razón se impone: el creciente interés por el manejo de las "ciencias útiles" que, al proyectarse en un sólido discurso en función del progreso, llama la atención de ciertos sectores de la sociedad, conduciéndola al puerto seguro del desarrollo material. A todas luces justificable en la fractura del ambiente, este movimiento no se conforma con desplazar la atracción "improductiva" de las artes y llega a los excesos de otorgarle, única y exclusivamente, un carácter suntuario a la obra.

Esto representa una barrera real para el desarrollo de la Literatura Patria y atraviesa no pocos obstáculos administrativos en el proceso académico de la especialidad. Desde esta perspectiva es factible hallar una explicación a las amargas sentencias de Juan Vicente González, con las que clausura, primero su magisterio, cuando señala "Nuestro abandono absoluto de toda enseñanza literaria" (1858) y, luego, su vida, al apuntar en 1866, poco antes de morir, la certeza de que "No hay en Venezuela educación literaria".

El discurso de la utilidad vs el latín

Con el servicio prestado por librerías e impresores, el apoyo de la Sociedad Literaria Liceo Venezolano y la creación de la Cátedra, la literatura se libera de los viejos conceptos que la ataban a los documentos teológicos o jurídicos y retoma, en la década de los cuarenta, el cauce abierto por los preclaros humanistas, en una operación que reconcilia el *ars bene dicendi* con las estrategias de la poética, a fin de respaldar la noción e impulsar el desarrollo de las "buenas" o "bellas" letras.

Pese a los resultados tangibles de esta empresa, verificados desde los inicios de la República Agropecuaria en presencia de poemas, relatos y cuadros de costumbres, se levanta de los escombros una tendencia que pone en tela de juicio la importancia de tales productos. La reacción se explica en el contexto postrevolucionario, donde apenas se intenta equilibrar la economía sobre una base cafetalera sin mayor desarrollo industrial y el comercio exterior controlado por una minoría centralista.

En dos versiones de irregular longitud y frecuencia se presenta cierto "discurso de la utilidad", articulado sobre el rechazo explícito al provecho de las tareas intelectuales relacionadas con la literatura y a favor de la producción comestible en todas las disciplinas del conocimiento humano. La versión "popular" le madra a la versión "cultura" en curiosas manifestaciones como la

siguiente carta enviada a José Domingo Díaz —"el portestandarte de Boves en la prensa", como lo llamará Julio Calcaño—, a la sazón redactor del *Semanario de Caracas*, el 20 de febrero de 1811:

Sr. Redactor de la estadística del Semanario: el pueblo ve con desagrado, que este periódico lejos de dar lecciones y noticias útiles de agricultura, estadística y demás oficios, se haya vuelto una palestra literaria en que se disputan opiniones que las sabe todo aquél que sabe leer. Al público nada importa saber si Matusalén ha vivido novecientos sesenta y nueve años: si la edad del hombre en tiempo de David era de sesenta: si los patriarcas antediluvianos comían carne, leche, caracoles, frutas, ó pescados, ni otras cosas de esta naturaleza. Es necesario que abandone vmd. contextaciones, que no harán otra cosa que llenar inútilmente su periódico destinado a diversos fines; porque si esta tiene lugar serán innumerables las que acudan y la gana de ser autor es enfermedad muy contagiosa. Díganos vmd, de que modo cultivaremos con más utilidad nuestro cacao, café y añil, y vmd. cumplirá con lo prometido, consigo mismo y con el público (*etc.*).

Esta suerte de americanismo aplicado prescinde del posterior llamado bellista e incorpora el juicio del vulgo al debate cultural. Tal vez aquí tiene su origen una corriente alterna que lleva implícitas ciertas valoraciones del hecho literario desde una noción rudimentaria, ventiladas en los cuadros de costumbres y en secciones marginales de diarios o semanarios y que halla un punto de unión con la versión culta en las reflexiones que Cecilio Acosta (1818-1881) entrega en la extensa misiva titulada "Cosas sabidas y cosas por saberse" en 1856.

Un poco antes el discurso es actualizado por una intelectualidad caraqueña opuesta a la creación, como lo denuncia un articulista identificado con las iniciales L. S. (que quizás correspondan al doctor Luis Sanojo), en *El Ateneo* de 1854: "Por una extraña aberración se ha generalizado entre hombres pensadores e ilustrados de nuestro país, la opinión de que en Venezuela no debe cultivarse la poesía, por ser un pueblo atrasado en civilización e industria". De inmediato copia las razones de los voceros:

La poesía y todas las artes que tienen por norte el culto de lo bello, son objetos de lujo únicamente y no tienen por consiguiente cabida en países que carecen de todas las artes que pueden llamarse de primera necesidad para la vida de los pueblos. Tan chocante es que en Venezuela se cultiven la poesía y las bellas letras, como que un hombre que carece de lo necesario, lleve una vida lujosa y regalada. Los aperos de la agricultura, la herramienta del artesano, la actividad de la industria, he aquí lo que conviene al país, que no el laúd no los cantos del poeta.

El indignado publicista atribuye esa sed de justicia en contra del género a la multitud de malos escritores que puebla las páginas de la prensa y trata de demostrar, basado en ejemplos de las distintas civilizaciones a lo largo de la historia, que la poesía siempre ha precedido a la organización de las sociedades. Este ángulo revela una concepción clásica, ajena a la tendencia del romanticismo social de la hora que, como se ha observado, considera a la literatura como la más genuina expresión de la sociedad.

Es obvio el origen material de este tipo de discurso; pero no sólo los afanes de la reconstrucción lo inspiran, sus bases teóricas, probablemente desconocidas desde la versión popular, proceden de una doble vertiente del Siglo de las Luces. Por una parte, obedecen al propósito iluminista de la secularización de la enseñanza, el cual consiste en incorporar las "ciencias útiles" a los planes educativos y, por otra, es el resultado de una combinación mal asimilada de dos escuelas filosóficas: la sensualista y la utilitarista.

La primera vertiente deriva de la crítica a los excesos de la formación escolástica, desvinculada de las realidades nacionales. Sus pilares son varios autores, conocidos por algunos criollos en la segunda mitad del siglo XVIII, como el benedictino fray Benito Gerónimo Feijóo y Montenegro (1676-1764), quien sostuvo que la ciencia favorecía a la fe, a la virtud y al bienestar de España, donde criticó el predominio de "Sermones Pulpitables" sobre los escasos cultivadores de la física, agricultura, hidrografía y matemáticas, y se burló de las disputas estériles de los claustros universitarios. O Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) que si bien no descuida su interés por el bien decir y la literatura, como observa Leal:

No deja de aconsejar a sus compatriotas "los buenos estudios", los de "aquellas ciencias que se llaman útiles por lo mucho que contribuyen a la felicidad de los Estados: las matemáticas, la mineralogía y metalurgia, la economía civil. Sin ellas -agrega- nunca (se) perfeccionará debidamente la agricultura, las artes y oficios ni el comercio". "¿Qué sería de una nación que, en vez de geómetras, astrónomos, arquitectos y mineralogistas, no tuviese sino teólogos y juriscónsultos?". Jovellanos considera que las cátedras de teología "sólo sirven para hacer que superabunden los capellanos, los frailes, los médicos, los letrados, los escribanos y sacristanes, mientras escasean los arrieros, los marineros, los artesanos y labradores". (1968:XXVII).

Lo mismo señala Miguel José Sanz (1756-1814) en su *Informe sobre la Instrucción Pública* (1806) aclimatado en nuestra Colonia donde:

No hay uno siquiera, ya sea originalmente blanco, o descendiente de blanco, que no ambicione ser letrado, cura, o fraile. Aquellos cuyas pretensiones no son tan grandes, desean a lo menos ser escribanos o escribientes, o pertenecer a alguna comunidad religiosa, como hermanos legos, discípulos o cofrades.

En consecuencia: "los malos prosperan, los buenos sufren, y todo se arruina" (en Grases, 1981).

La segunda vertiente acusa préstamos del sensualismo francés y del utilitarismo inglés. De la Escuela de la Sensación o Sensualismo da cuenta Manuel Ancízar (1812-1882) entre abril y mayo de 1842, desde las páginas de *El Liceo Venezolano* en dos entregas donde aborda las corrientes filosóficas de los siglos XVIII y XIX. Del utilitarismo se sabe por uno de sus padres, Jeremy Bentham (1748-1832), por lo menos desde 1839 cuando lo importa el Almacén de José María de Rojas o hacia 1845 cuando es estudiado en la universidad.

El trabajo de Ancízar viene a organizar los conocimientos que los humanistas manejaban. La obra del Conde Antoine Destutt de Tracy (1754-1836), uno de los jefes de aquella tendencia, llega también desde los años treinta. De modo, pues, que la siguiente explicación pudo ser la base del discurso de la utilidad, en su versión culta:

Para el sensualismo no hay en lo bello nada que sea espiritual e íntimo, nada que esté oculto bajo las formas externas y les comunique la animación indefinible de la verdadera belleza. Lo bello, según la escuela de la sensación, no es más que la materia causando placer a los sentidos por colores, figuras, movimientos y sonidos; la belleza humana la constituye un cuerpo bello y la del universo no es más que un conjunto de objetos bellos bien ordenados, cuya vista produce sensaciones agradables.

Así la poesía se reducirá a una sensación exquisita, fruto de la delicadeza de las fibras que forman los sentidos corporales, o si se quiere, de unos instintos de la vista y del oído, nada de inspiración, de ideas morales ni de conciencia, nada del alma, del mundo invisible ni de Dios. (Ancízar, 1842:214).

Desde esta perspectiva, se observa un distanciamiento entre las teorías sensualistas y utilitaristas. En Bentham, como en John Stuart Mill (1806-1873), la utilidad es una propiedad existente en el objeto, en cualquier objeto, que tienda a producir beneficio, ventaja, placer, bien o felicidad (cf. Farré, 1945). Por extensión, el poema es útil (pese a la precocidad implícita en el entendimiento de

la composición como objeto artístico) y no una simple "sensación exquisita", cuyo beneficio reside en el placer estético y en la instrucción —tan cara a la época— que ofrece su lectura. Entenderlo del modo contrario es incurrir en el "necio error" que observa Mill al "suponer que quienes defienden la utilidad como criterio de lo justo e injusto, usan el término en el sentido restringido y meramente familiar que oprime la utilidad al placer" (1962:27).

El carácter suntuario asignado a la composición verbal que podría estar funcionando en la base ideológica de la oligarquía conservadora va a incrustarse, con relativa fortuna, en la comprensión colectiva. Condicionada de este modo, la recepción puede ser ingrata y determinada por el gusto —en muchos casos aún más ingrato— puede llegar a considerar la obra artística como un adorno feo e inútil.

Esto hace que la incipiente educación literaria no se ocupe de esos ornamentos poco eficaces manufacturados en el país y se conduzca, orientada hacia la autonomía que augura la cátedra universitaria, por el terreno firme de los clásicos, donde no pocos problemas habrá de confrontar, comenzando por el uso del latín, cuya figuración en la palestra desde los últimos días de la Colonia, le da una incómoda colocación entre dos aguas.

Por un lado la academia aprueba la solvencia de las bellas letras. Por otro es incapaz de resistir el encanto del latín, que si bien otrora hizo las delicias del humanismo al ser desde el siglo XIV la lengua de la gran literatura y de los pensamientos nobles, se encuentra aquí sometida a controversia dada su ineficacia para explicar las nuevas ciencias.

En el dieciocho español además de Jovellanos el Imperio sabe que "Las lenguas no son solamente un instrumento de expresión, sino también de concepción y análisis de nuestras ideas" (Jovellanos, 1952:145); por ello ha creado una tradición inquebrantable en sus colonias americanas:

El aprendizaje de la lengua latina (gramática y poética), junto con la retórica, era la primera tarea a que se dedicaba, por cinco años, todo estudiante novohispano. Su estudio, sobre todo en los colegios jesuíticos, constaba de una parte teórica y otra práctica. Los ejercicios de memoria y, principalmente, de redacción libre o imitando a algún autor dotaban, paulatinamente, al estudiante de un estilo.

Al término del ciclo, el estudiante había adquirido una sólida formación literaria; tenía información de los autores del Renacimiento y de la Edad Media; pero, sobre todo, conocía a fondo a los clásicos de la Edad de Oro de la literatura latina. (Osorio Romero, 1977:10).

Si esto ocurre en los niveles superiores en territorio azteca, con evidente intención de borrar la huella de los antepasados, en la "Pequeña Venecia" se aplica desde la escuela para justificar el exterminio caribe, lo cual provoca la reacción del licenciado Sanz en los días previos a la lucha por la independencia, pues le parece "ridículo" imponer —Nebrija mediante— la lengua latina a un niño incapaz de "pronunciar su cartilla con propiedad, o leer lo que es demasiado joven para poder entender, o hacer algunos cuantos palotes con la pluma" (en Grases, 1981).

El lenguaje de los doctos, aquel que desde el Renacimiento prometió la gloria de la posteridad, para la cual no eran aptos los idiomas nativos, está en entredicho. Sin embargo, aún en 1817 continúa ocupando su puesto privilegiado de lengua oficial de la Universidad, sobrevive incluso a las reformas del año 27 bajo la protección de Vargas y alcanza el conflicto con el Seminario Tridentino que estalla en 1840.

Treinta años comparten los espacios físicos ambas instituciones entre las turbulencias producidas por las irregularidades de la secularización de la enseñanza, iniciada en la última década del siglo XVIII por el Rector Juan Agustín de la Torre quien en su *Discurso Económico. Amor a las letras en relación con la Agricultura y el comercio* (1790), "anhela sustituir la educación puramente fraseológica por una enseñanza basada en las ciencias útiles que promueva el fomento de las artes, de los cultivos, de las comunicaciones, del comercio y el trabajo." (Leal, 1968:XXXIII).

Pero esta fraseología latina cuenta con buena salud animada por los rezongos y oraciones del claustró compartido desde el 26, trata de explicar la crisis del primer lustro de los años cuarenta y aún en el 56 cuando finalmente, *Dei gratia*, las instituciones se separan, dos humanistas —dos "últimos venezolanos", como bien pueden designarse siguiendo el lugar común melodramático de aquellos días— intervienen su destino: uno para alargarlo, otro para declarar su fecha de vencimiento.

En realidad, la intención de Juan Vicente González en 1855 fue remozarlo con su traducción de los *Elementos de Gramática Latina extractados del método para estudiar la lengua latina* de Jean Louis Burnouf (1775-1844) que, por cierto, ya tenía una versión local realizada en 1847 por Manuel Antonio Carreño y Manuel Urbaneja (cf. Grases, 1981:475) por ser éste "río claro donde se beben con abundancia las más sanas doctrinas", muy distinto del viejo arte

de Nebrija: "manantial turbio que entorpece el alma, resto de la Edad Media española, que por desgracia no quedó ahogado, como la fiesta del asno, en los siglos oscuros de barbarie". (*ibid.*, 484).

En cambio Cecilio Acosta, como un nuevo Feijóo, señala su invalidez al pronunciarse a favor de la enseñanza de lo útil y del desarrollo definitivo de las artes mecánicas, cansado de esperar la transformación que no acaba de llegar a la Máxima Casa de Estudios, recién liberada de la liturgia y, sin embargo, siendo aún una fábrica de profesiones sedentarias e improductivas donde se presentan "lides sin provecho en que no (hay) más armadura que palabras", como expresa en su extensa misiva "Cosas sabidas y cosas por saberse".

El letrado mirandino desea llevar el delantal del artesano y no la pluma de su sustento. Sabe que el latín no es el idioma del porvenir y pide cambiar "el Nebrija que da hambre" por "la cartilla de las artes que da pan". Concluye esta pieza —quizás la más brillante en el largo discurso decimonónico de la utilidad— con tal apología de la industria que, a la larga, produce la reacción de un sector encabezado por el licenciado Pedro José Coronado quien califica como "Tiranía del Taller" a la insistencia en las ciencias útiles, en un discurso pronunciado en el templo de San Francisco el 1 de septiembre de 1865, para combatir el proyecto de disolver la institución.

En esta época de polaridades, los ánimos ocultan la presencia, de suyo circunspeta, de una educación literaria levemente distanciada de su lengua materna, administrada ahora por la efímera Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, donde Acosta, inspirado en el Jovellanos de su primera juventud, apunta al justo medio del desarrollo y reconoce en 1869 la importancia de las letras en la civilización que honra al país que se incorpora, con cierta incomodidad, a los borradores del proyecto modernizador tras la ilusión cíclica del progreso.

REFERENCIAS

- ACOSTA, C. (1856). "Cosas sabidas y cosas por saberse". En Academia Venezolana de la Lengua (1963). *Cecilio Acosta*. Caracas: Autor.
- ANCÍZAR, M. (1842, mayo). "Filosofía". *El Liceo Venezolano*. 5:211-221.
- CORONADO, P. (1865, septiembre 1). "Discurso que pronunció hoy en el templo de San Francisco el señor Ldo. Pedro José Coronado, en el acto de la apertura de clases de la Universidad Central". *El Americano*. 20:162-165.

CORREA, L. (1928). "Temas para una biografía de Juan Vicente González". En O. Rodríguez Ortiz (comp.) (1997). *Juan Vicente González ante la crítica*. Caracas: Monte Ávila.

FARRÉ, L. (1945). *Los utilitaristas: Jeremy Bentham, James Mill, John Stuart Mill*. Buenos Aires: Editorial Futuro.

GARCÍA SIVERIO, J. (1840, abril 26). "Cátedras de literatura y gramática". *Gaceta de Venezuela*. 484:1.

GONZÁLEZ, J. V. (1858). "Biografía del doctor José Cecilio Ávila". En Academia Venezolana de la Lengua (1962). *Juan Vicente González*. Caracas: Autor.

_____. (1866). "Crítica literaria". En AVL (1962). *Juan Vicente González*. Caracas: Autor.

GRISANTI, A. (1933). *La instrucción pública en Venezuela*. Barcelona: Araluce.

JOVELLANOS, G. (1952). *Obras*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

LEAL, I. (Comp.). (1968). *Documentos para la historia de la educación en Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

LEAL, I. (1963). *Historia de la universidad de Caracas, 1721-1827*. Caracas: EBUC.

L. S. (1854). "Crítica literaria". *El Ateneo*. T. 1:13-16.

MENDOZA, C. (1842, marzo). "Discurso leído en la ilustre Universidad Central de Caracas en el acto de oposición a la cátedra de literatura, el... de noviembre de 1841". *El Liceo Venezolano*. 3:134-144.

MILL, J. (1962). *El utilitarismo*. Madrid: Aguilar. Primera edición: 1863.

OSORIO ROMERO, I. (1980). *Floresta de gramática, poética y retórica en Nueva España, 1521-1767*. México: UNAM.

PARRA, C. (1932). "La instrucción en Caracas". En *Obras* (1954). Madrid: JB.

ROJAS, A. (1907). *Obras escogidas*. París: Garnier.

SANZ, M. (1806). "Informe sobre la instrucción pública". En P. Grasés (comp.) (1981). *La tradición humanística*. Caracas: Seix-Barral.

SIN FIRMA. (1843, noviembre 21). "Ortología y métrica por el Sr. Andrés Bello". *El Liberal*. 463:6.

LITERARY EDUCATION AND THE DISCOURSE OF USEFULNESS IN THE XIX CENTURY IN VENEZUELA

Angel Gustavo Infante

Abstract:

This article is an extract from an unpublished book entitled *Formación de la crítica literaria venezolana (1810 - 1870)*. The two cornerstones of the literary development

in Venezuela are studied through this article: first, training in literature and then, the discourse used by most part of the social sector, and which is mainly focused on material progress. The first element favors the intellectual benefits, and studies a slow and difficult process. The latter is justified by the post-independence reconstruction period and is fostered by the useful sciences. It represents an obstacle for artistic development: it undermines its foundations, for it gives the work a luxurious value. Both elements are of the essence to understand the exiguous and disperse nature of criticism in a cultural context characterized by poverty.

Key words:

Venezuelan literature - History - Literary criticism - Cultural context.

LA CULTURE LITTÉRAIRE ET LE DISCOURS DE L'UTILITÉ AU XIXE SIÈCLE AU VENEZUELA

Angel-Gustavo Infante

Compte rendu:

L'article comprend un extrait du livre inédit *Formación de la crítica literaria venezolana (1810-1870)* et concerne deux facteurs qui interviennent dans le développement littéraire du pays : l'enseignement des lettres et un discours commun à un large groupe de la société qui privilégie le progrès matériel. Le premier facteur, qui contribue au développement intellectuel, s'avère lent et entravé, alors que le deuxième facteur, renforcé par la reconstruction après l'indépendance et encouragé par les avantages des sciences utiles, représente un obstacle pour l'épanouissement artistique : la société privilégiant le progrès matériel et donnant un caractère somptuaire aux œuvres, elle ébranle le développement artistique. Ces deux facteurs permettent de comprendre la nature exigüe et floue de la critique dans un contexte culturel caractérisé par la pénurie.

Mots clés:

Littérature vénézuélienne - Histoire - Critique littéraire - Contexte culturel.

A EDUCAÇÃO LITERÁRIA E O DISCURSO DA UTILIDADE NO SÉCULO XIX VENEZUELANO

Angel Gustavo Infante

Resumo:

Esse artigo é um trecho do livro inédito "Formação da crítica literária venezuelana (1810-1870)". Dois fatores determinantes para o desenvolvimento literário da nação foram estudados nesse trabalho: a instrução no âmbito das letras e o discurso feito por um amplo setor social sobre a base exclusiva do progresso material. Aquele, orientado para o benefício intelectual, observa um processo lento e acidentado. Esse, justificado na reconstrução pós-independente e animado pelas vantagens das ciências úteis, representa um obstáculo para o crescimento artístico: o debilita ao outorgar-lhe à obra um caráter suntuoso. Ambos os fatores ajudam para a compreensão do exíguo e do disperso da contribuição crítica em um contexto cultural caracterizado pela escassez.

Palavras chave:

Literatura venezuelana - História - Crítica Literária - Contexto Cultural.